

## XVII

## LA LOCURA DE LOS BUITRES

Desde la noche de siniestra memoria en el decurso de la cual habíase desencadenado una fenomenal y extraña tormenta en las inmediaciones del lago luminoso, los desgraciados habitantes de los villorrios de Bañolet, de Belleville y de Popincourt no lograban disfrutar del necesario descanso. Y como en torno á las ruinas del antiguo castillo de Chaumont parecía reinar una animación extraordinaria, esperábase con temor, de un momento á otro, que se produjese alguna otra prodigiosa perturbación ó un nuevo é inexplicable cataclismo.

Hubiérase dicho que los bohemios establecidos en la antigua y mal reedificada fortaleza se proponían hacerla inexpugnable.

No sabemos lo que acerca de tal pretensión pudiera haber de cierto. Lo que sí podemos afirmar es que la cólera de Phtah Mansour era terrible, formidable, y que dicha cólera databa del momento en que Sed de

Amor obtuvo sobre los bohemios la señalada victoria que se terminó con el doble rapto de Glorieta y de Divina, á las que habíase llevado el inverosímil caballero luego de una inconcebible excursión á través del lago luminoso.

A propósito de esto, Phtah no podía concebir cómo aquel hombre, solo, sin auxilio de nadie, el hijo legítimo de Jacobo de Armañac — pues acerca de su identidad no tenía duda alguna — había podido franquear las formidables obras defensivas de sus dominios, burlarse de los elementos desencadenados, y reducir á la nada en un instante la infamia tan laboriosamente concebida por ella.

Para substraerse con tanta audacia como fortuna á los cuchillos de sus zingaros, era indudable que aquel joven debía hallarse protegido por algún amuleto, tal vez por una armadura encantada.

Esto constituía una contrariedad para la gipsia. Contrariedad tanto más sensible cuanto que desde la fecha del saqueo é incendio del castillo de Astaffort, todas sus abominables combinaciones habían sido coronadas por el éxito, sin que este se hubiese visto comprometido un solo momento por dificultad alguna. Fuéle pues dado realizar sus planes sin vacilaciones de ningún género, con la seguridad que da la confianza en la obtención de lo que se desea. Así había sido siempre. Y he aquí que cuando ya llegaba á la meta, en el momento de ver, al fin, coronado el edificio, laboriosamente levantado, de su venganza, alzabase amenazador frente á ella una especie de olvidado difunto, el hijo

desposeído muchos años antes de bienes, nombre, títulos y honores, el niño cuya esclavitud en Trípoli habría debido hacer de él un cadáver.

En esta súbita é imprevista aparición veía Phtah Mansour algo así como una dificultad que escapara á sus previsiones, la piedra de toque en la que tal vez iba á contrastarse su buena suerte para lo porvenir.

Como quiera que fuese, hallábase dispuesta á no dejarse amilantar. ¿Que surgia un obstáculo en su camino? Bueno; pues ella lo destruiría; para eso contaba con la invulnerabilidad de su hijo preferido, de Landro el sanguinario, quien gracias á su doble personalidad de Rolando de Saboya-Nemours y de Sed de Sangre tenía gran predicamento en la corte del rey, al mismo tiempo que le era fácil aterrorizar al pueblo.

¡Ah, si Rolando se hubiese encontrado allí, en vez del pusilánime Neré! Seguramente que el audaz golpe de mano de Sed de Amor habría tenido menos brillante resultado.

Pero ya no había remedio, y no era posible obtener que los hechos consumados volvieran á reproducirse en condiciones distintas. De nada le serviría á Phtah lamentarse de su primer contratiempo. Además, ¿por qué preocuparse de lo que, después de todo, no era más que una sorpresa desagradable? Aceptaríala, sí, puesto que era preciso, pero decidida á no ver en ella otra cosa que una advertencia de la que sabría sacar partido, procurando evitar que se reprodujese el hecho gracias á una exquisita vigilancia, y aun previniendo con oportunidad á Landro, quien con una puñalada

dada á tiempo, podría sin duda precaver un nuevo atentado.

Robustecido su ánimo con estas reflexiones, Phtah se tranquilizó por completo, y una vez su cólera vencida y recobrada su sangre fría, dió las oportunas órdenes para que los ya complicados trabajos de defensa de la antigua fortaleza de Chaumont, fuesen aumentados con otros nuevos.

Promediaba el siguiente día — dos de Abril — cuando hasta ella llegaron sucesivamente, primero, la noticia de la algarada ocurrida en la calle de San Antonio, y luego un mensaje de Landro. Éste pedía á su madre que le enviase á su domicilio de la calle del Pie del Diablo cuatro hombres de confianza vestidos como los caballeros, y ordenaba además á su hermano Neré que vestido de señor fuese á la reunión de la plaza de la Greve para hacer correr entre el público la noticia del traslado de la fiesta regia á la torre de Nesle.

En concepto de la viuda de Mansour su hijo debía haber preparado una expedición contra el audaz violador de los misterios del lago, y á eso sin duda obedecían sus instrucciones, contenidas en aquel mensaje. Ganosa pues de cumplimentarlas sin demora, y por más de que Neré hallábase aún muy débil, le obligó á conformarse con las órdenes recibidas de Landro, bien ajena, al proceder de este modo, á la sorpresa que le estaba reservada, sorpresa que debía hacerle arrepentirse de la excesiva confianza que en su hijo tenía depositada.

La detención de Sed de Sangre, operada, como el lector recordará, con la ayuda del duque Rolando, fué conocida en el castillo de Chaumont aquella misma noche, y sumió á la destronada reina de Thebas en la sorpresa y en la duda. No se decidía á dar crédito á la noticia, de tal modo parecía inverosímil é increíble. Luego, cuando estupefacta y anonadada hubo al fin de rendirse á la evidencia, sintió que algo íntimo, algo indefinible se rompía en su interior. ¿Tendría también ella, como las demás mujeres, un corazón de madre?

No hay psicólogo alguno capaz de descifrar los misterios del alma humana. La de Phtah Mansour era de las más complicadas. Ella misma no hubiera podido decir porqué al pensar en Landro, su favorito, y creyéndole capaz de no retroceder en la ejecución de sus ambiciosos planes ni aun ante el horror del fratricidio, tembló por su otro hijo, por el desdichado Neré. Algo habló en su corazón para decirle que Neré estaba sentenciado, perdido irremisiblemente; y dominada, impulsada por un sentimiento de infinita piedad cuya causa determinante no acertaba á explicarse, ella misma organizó, á la puerta del gran Chatelet, el atropello destinado á arrebatarse con rapidez de las manos del verdugo el cuerpo, ya casi sin vida, del infeliz condenado.

Violento temblor convulsivo se apoderó de Phtah en presencia de aquel harapo humano que fuera poco antes el hermoso Neré; pero deseando salvarlo á ser posible, sin perder tiempo lo hizo conducir al departamento de la izquierda de la sala exagonal subterránea

cuya detallada descripción hicimos en el capítulo titulado : « Phtah Mansour. »

Instalado en un lecho de campaña, Neré agonizaba sin reconocer á su madre, mientras que ésta, alumbrada por la luz que caía de la placa de cristal, iba examinando una por una las horribles mutilaciones, sin perjuicio de hacer algo por aminorar en lo posible los sufrimientos del paciente.

Durante algunas horas, — madre al fin — Phtah permaneció á la cabecera de aquel lecho en que agonizaba su hijo, rehusando todo alimento, abismada, perdida en la contemplación dolorosa de aquellos sufrimientos que no le era dado mitigar.

Además, pensaba. Aquella mujer había desafiado á Dios durante tan largo período de tiempo, que casi habíase hecho á la idea de que las leyes naturales no podían cumplirse ni en ella ni en los suyos. Phtah había alterado las fisonomías, falseando en seres humanos, como por pasatiempo, la obra del Creador, y hubo de decirse que luego de obtenido tal resultado, el hallazgo del elixir de larga vida no podía ser más que un juego de chiquillos.

Y he aquí que al imitar la conducta de Caín, Landro le probaba la inanidad de su ciencia. El hermano había martirizado al hermano. Neré agonizaba, y en presencia de aquel semicadáver preguntábase Phtah si no había cometido una gran falta, un error imperdonable, al dar preferencia en sus afectos maternos al tigre, con perjuicio del cordero. Casi hallábase dispuesta á arrepentirse : tanto más cuanto que la causa inicial del

crimen cometido con Neré era ella, ella misma, pues que ella había creado la emponzoñada atmósfera de odio en que habían crecido y respirado los dos hermanos.

¿Cómo era que, no obstante haberla respirado los dos, solo uno de ellos habíase envenenado?

En esto pensaba la gipsia, sin acertar á explicárselo, cuando un nuevo correo enviado por Landro, llegó á torcer el curso de sus dolorosas reflexiones. El falso duque de Nemours pedíale que enviase la flor y nata de sus bohemijs al espolón de la cloaca, fuera de la puerta de Nesle, añadiendo que tal vez los utilizaría aquella misma noche contra el rey ó contra el duque de Guisa, pues uno ú otro debían desaparecer al mismo tiempo que el marqués de Villanueva-Marsan y Sed de Amor, para dejarle á él solo, inexpugnable, invencible, en el más alto escalón del trono de Francia.

Hablar de este modo á la soberbia Phtah, era como añadir aceite al fuego. La colosal y próxima victoria que Landro le anunciaba, la llenó de alegría, de entusiasmo y de confianza en su estrella, que un momento antes parecíale palidecer.

Hizo pues partir, en la dirección indicada por su hijo, á todos los hombres válidos; pero desconfiada siempre y siempre prudente, exigió de las mujeres un servicio excepcional, confiándoles la guardia de los puestos abandonados por sus habituales defensores.

Llegó la noche. Pasaban las horas y el antiguo castillo, mudo y sombrío, parecía abandonado. Sin embargo las cingaras velaban en la sombra, como bajo

las aguas luminosas del lago continuaba la descendiente del mameluco Baharita, su guardia lúgubre junto al agonizante.

Cosa extraña: no obstante la sincera aflicción que la dominaba, aquella extraña madre habíase vestido su suntuoso traje de soberana. Y como si el contacto de éste hubiese de pronto reanimado los malos instintos de aquella alma complicada y tumultuosa, mecida por la respiración anhelante del moribundo, Phtah no pensaba ya en otra cosa que en festejar cumplidamente la llegada triunfal del asesino de Neré, que á ella le parecía inminente.

Era ya bien pasada la media noche, cuando el toque de un cuerno señaló la proximidad de una tropa numerosa. Luego el mismo instrumento dejó oír sucesivamente otras dos notas con intervalos irregulares.

Oída la señal, una de sus servidoras se apresuró á prevenir á Phtah mientras que todas las cingaras se ocupaban en dejar libre de obstáculos la galería que terminaba en el roble hueco y en preparar la balsa, pues los que se acercaban no eran otros que los bandidos enviados de expedición.

A juzgar por su aspecto lamentable, aquellos hombres no llegaban precisamente victoriosos. Tan no lo eran, que si Fiamma, al pasar con Rolando en una barca por frente al antiguo estuario de la cloaca San German, no les hubiese advertido que debían batir en retirada, seguramente la precipitada fuga de su jefe habríalos dejado á la merced de la soldadesca y de los truhanes.

Al oír el pito de Fiamma señalándoles la retirada, todos ellos habíanse precipitado hacia el río, en busca de la barcaza. ¡Horror! Esta había desaparecido. Entonces se produjo entre ellos el desorden y la desbandada. Es muy probable que, como consecuencia del pánico, ninguno de los bohemios hubiese llegado aquella noche al castillo de Chaumont; pero un nuevo llamamiento de Fiamma hizo que se recobrasen. La joven había visto, detenida entre los pilotines del lavadero de la casa de las miñonas, la barcaza abandonada por los apóstoles cuando éstos se disponían á escalar la torre, y la señaló á los fugitivos. Entonces, y bajo la dirección de Rolando, ó Sed de Sangre, como se quiera, con algunas maderas del suelo de la pesada embarcación fueron improvisados tres ó cuatro remos de fortuna, y toda la banda pudo atravesar el río, llegando en fin á su guarida luego de circunvalar París á la carrera, pasando por las tierras de labor del Roule, por Ville-Evêque y Grange-Batelière, y atravesando los arrabales de las cercanías de Montfaucon.

La reina de las gipsias habíase instalado en la antigua capilla del castillo, transformada en templo luciferiano, ocupando el trono reservado á su dignidad suprema. Y allí, bajo el dosel coronado por gigantesco avechicho de oro verde con ojos de rubí, permanecía rígida, impenetrable, disponiéndose á abrir sus brazos al fratricida, á quien el glorioso éxito obtenido, debía hacer perdonar lo que de atroz tenían los medios empleados para conseguirlo.

Si alguien le hubiese dicho en aquel momento que

Landro iba á aparecer conducido sobre el pavés, á la manera de los romanos triunfadores, habríale parecido la cosa perfectamente natural y lógica, y no se habría extrañado de semejante espectáculo. En cambio hubo de extrañarse y no poco, sintiéndose además humillada en su orgullo, al notar que el supuesto triunfador adelantábase hacia ella volviendo la cabeza, sin pavonearse, y aun medio ocultándose entre sus principales partidarios.

La cosa era tan inesperada, tan inverosímil, que preocupada por la actitud inexplicable de su hijo, y temiendo, ó adivinando, mejor dicho, que iban á anunciarle una desgracia, Phtah no hubo de fijarse en que su Landro iba acompañado de una mujer, desconocida en Chaumont, que envolvíase por completo en los amplios pliegues de un manto rojo.

Como obedeciendo á una consigna, todos los recién llegados habíanse detenido á algunos pasos del trono, guardando silencio que se hizo enseguida penoso. Sin embargo, nadie se atrevía á hablar antes que el jefe, y el jefe, contraído el rostro y herméticos los labios, no parecía muy dispuesto á dar explicaciones acerca de aquel su modo de presentarse.

En el semblante de la gipsia apareció entonces una sonrisa burlona; su mirada en cambio continuaba siendo fría, impenetrable. De pronto, dirigiéndose á su hijo siempre silencioso, le preguntó con voz dura, metálica:

— ¿Qué es lo que me traes, Landro, para resarcirme del asesinato de tu hermano?

Una voz dulce y grave, una voz que no era la de Sed de Sangre, se elevó entonces para contestar :

— El tiempo necesario para el arrepentimiento.

— ¡El arrepentimiento! — repitió la reina, como si no comprendiese.

— Para la remisión de vuestras faltas...

— ¿De mis faltas?

— Sí; y para obtener el perdón de Dios, madre mía.

— Fué entonces cuando Phtah se fijó en la mujer roja.

— ¿Yo tu madre? — aulló con cólera. — ¿Quién eres tú, extranjera, que te atreves á decir eso?

La voz dulce contestó tranquila :

— Soy Fátima.

Abandonando su trono, Phtah se precipitó como una furia sobre la joven, arrancándole violentamente, con descompuestos ademanes, el manto rojo que la envolvía, apareciendo Fiamma á la vista de todos cubierta por el elegante kimono de seda que adornaban pintadas flores y pájaros bordados. ¿Quién había de sospechar que aquella delicada joven era la misma heroína que poco antes ayudara á Glorieta á izar hasta lo alto de la torre de Nesle la pesada cuerda de que debían servirse los escaladores?

— ¡Hembra maldita! — dijo frunciendo el entrecejo; — ¿cómo te atreves á usurpar el nombre de una muerta á la que lloro hace mucho tiempo? ¿Crees acaso que no te conozco? Pues te equivocas si tal crees. Tú eres la vidente de Salem-Kebir; tu impostura recibirá el castigo que merece.

— Yo soy Fátima; repuso la joven sin emoción apa-

rente... Antes de caer para no levantarse más, lo ha reconocido, certificándolo por escrito, Sidi Salem.

En presencia de la calma de Fiamma y dominada á su pesar por el acento convencido de la joven, Phtah comenzó á dudar. Una voz desconocida se alzaba en su alma, aconsejándole que mirase bien á la supuesta impostora; y obedeciendo á esa voz que tal vez era la de la sangre, clavó sus ojos en los de la apuesta japonesa.

Al cabo de algunos instantes, aún no convencida, añadió con acento desdeñoso :

— Salem-Kebir lo ha certificado... ¿Y qué? ¿Qué crédito pueden merecerme á mí las afirmaciones de un musulmán que se complacía viviendo entre los cristianos?

Todos los testigos de aquella escena, impresionados profundamente, contemplaban con una especie de temor respetuoso á la interlocutora de la reina de las gipsias. Es decir, todos no. Landro parecía indiferente y hasta desdeñoso. Había adquirido durante el camino la convicción de que Fiamma no le había engañado, de que era en realidad su hermana; pero pareciale que era tiempo perdido el que ella empleaba pretendiendo obtener el arrepentimiento de su madre. Tal empresa antojábasele además ridícula, y esperaba impaciente el término de aquella explicación familiar para proponer un expediente que hacía de todo punto indispensable la especial situación que habíanle creado á él los últimos acontecimientos.

— Madre mía, — observó Fiamma sin elevar el tono

de su voz, — Salem-Kebir no era el hombre que vos imagináis. Sus seudónimos, porque tenía más de uno, ocultaban el nombre de un cristiano, nombre conocido y respetado, que la fuerza de las cosas ó tal vez la de vuestro odio, os hicieron dar á mi hermano Landro.

— ¿A Landro? Entonces ese hombre se llamaba...

— Jacobo de Armañac.

— ¿Jaco? — exclamó Phtah transfigurada. — ¡Ah! en ese caso, sí, tú eres mi hija... Solo Jacobo era capaz de vengarse de mí de esa manera.

Entonces, arrastrada por la violencia de un sentimiento completamente nuevo para ella, rodeó Phtah con sus brazos el cuello de Fiamma, y la estrechó, emocionada, contra su pecho, mientras murmuraba con voz acariciadora, una voz que nadie le conociera hasta entonces :

— Mi Fátima de mi alma; la luz de mis ojos; mi corazón y mi sangre.. más aún que eso, ¡mi reina! ¿Conque eras tú? ¡Tanto como te he llorado! No sabes cuántas veces y con qué obstinación he querido vengar en otros tu pérdida.. Y tú vivías con Salem, con Jacobo, quiero decir, tan cerca de mí, y á la vez tan lejos...

Y seguía abrazándola, cubriendo de besos sus mejillas, sin cansarse, al parecer, de acariciarla y admirarla.

Y la tímida joven, la antigua vidente de Salem-Kebir, desembarazada de su rojo manto, cubierta con la tela policroma de joyantes colores, parecía en el coro

de aquel templo adornado con atributos demoniacos, un ave del paraíso caída entre las garras de un buitre; tanto más cuanto que, dominándolo todo, en el dosel del trono de la gipsia, aparecía visible el simbólico pajarraco.

Los bohemios, testigos obligados de aquel inesperado reconocimiento, procuraban pasar inadvertidos guardando profundo silencio, haciendo como si no prestasen atención á lo que pasaba junto á ellos, tal vez adivinando que habrían de soportar las consecuencias de la extraordinaria impresionabilidad de su soberana.

En cambio Landro habíase encogido de hombros con supremo desdén desde el comienzo de la tierna escena, y esperando impaciente el fin de la misma paseaba de uno á otro lado, gruñendo entre sus dientes de lobo :

— ¡Qué ridiculez, cuerpo del diablo! Como si fuera este momento oportuno para representar tales comedias!

Digamos aquí, no para justificar las palabras de Landro, sino como homenaje á la verdad, que la actitud de Fiamma en aquellos momentos resultaba en verdad un tanto extraña. Contemplaba en efecto con emoción hecha de tristeza y de pena á aquella mujer que era su madre y cuya impúdica toaleta era causa de que se coloreasen involuntariamente las mejillas de la joven, quien tal vez por esta causa, no correspondía con otras á las caricias que le eran prodigadas.

Como no podía menos de suceder, Phtah hubo de percatarse de la frialdad de su hija.

— Fátima, — le dijo en tono de reproche — mariposa

de Louqsor, futura dominadora de la Tebaida, ¿por qué tus labios permanecen helados? ¿Cómo es que el hielo que los inmoviliza no se funde al calor de mis besos? Yo quiero verte feliz, amante y gloriosa, Fátima... Alégrate pues, sonríe, devuélveme mis caricias. Yo haré de ti la sultana del alto Egipto...

— Madre mía, — interrumpió Fiamma con voz grave — ha llegado el momento de que dejéis de soñar, para pensar tan solo en arrepentiros.

— ¿Arrepentirme?... ¿Pero de qué?

— De vuestras culpas; de vuestros delitos. Del insensato orgullo que os impulsó á lanzar al cielo un reto monstruoso. La paciencia de Dios toca á su término, y sin duda se dispone á lanzar contra nosotros los rayos de su furor. Procurad morir bien, madre mía. Y puesto que el castigo está ya en marcha, se acerca, cada vez más, y va á alcanzarnos, arrepentidos, os lo repito, antes de que sea demasiado tarde.

Phtah había palidecido hasta la lividez al oír hablar así á su hija.

— ¡Desdichada! — rugió colérica. — ¿He de creer que has traicionado á los tuyos?

Entonces Landro, que ya no podía más, terció airado en aquel extraño diálogo.

— Estamos perdiendo un tiempo precioso en discusiones inútiles. Sabed pues de una vez que al rayar el alba, ó tal vez antes, las gentes de armas del rey llegarán á Chaumont con el exclusivo objeto de pescar en el garlito á Sed de Sangre y á los suyos, á todos:

— Según eso, saben ya...

— No ignoran nada, absolutamente nada; — afirmó Landro. — Pero no importa. Si desencadenamos la tempestad fingida, podremos tal vez mantenerlos á distancia por lo menos el tiempo indispensable para preparar nuestra huida... y poner en salvo nuestros tesoros; — añadió en voz más baja.

La consternación de Phtah parecía inmensa. No le era posible en efecto pensar sin amargura en que el trabajo incesante de toda su vida iba á conducirla, no al triunfo, como soñara muy poco tiempo antes, sino al horrendo fracaso representado por una fuga vergonzosa. ¿Qué iba á ser, si huía, de su venganza?

Buscando al parecer respuesta á esta pregunta, y solución al grave problema que se planteaba de pronto en circunstancias excepcionales, permanecía inmóvil, falta de acción, de voz, de ideas, sin saber qué hacer ni qué ordenar.

Fué Landro quien se decidió á la indispensable movilización de fuerzas y recursos, substituyéndose á su madre.

— ¡Pronto! — gritó á sus jefes. — ¡Que se carguen los carros... Que pongan en movimiento el arpa eólica, que los hombres beban si es preciso para cobrar ánimos... Pero, oidme bien; es preciso, es indispensable que toda la tribu se halle camino de Provins al despuntar el día.

Momento después, y mientras el instrumento sonoro perturbador desencadenaba en torno del castillo de Chaumont una borrasca violenta, y los bohemios trajaban haciendo paquetes en los patios de la antigua



fortaleza, así como en la sala de guardias sin perjuicio de regalarse con el contenido de las muchas botellas que no les era posible llevarse en su huida, Fiamma, Phtah y Landro hallábanse reunidos en el centro de la sala exagonal situada bajo el lago, y no lejos del lecho en que agonizaba Neré.

La vidente de Salem-Kébir habíase detenido poco antes un segundo, cuando atravesaban las galerías subterráneas con objeto de trazar, con ayuda de una piedra puntiaguda algunos signos misteriosos en el muro arcilloso.

Cuando volvemos á verla hallábase en pie frente á su madre, quien habíase dejado caer con desaliento en un escabel frente á frente de Landro, irónico y desdeñoso como el arcángel del mal.

Fiamma, que ignoraba la presencia allí del moribundo, por no haber llegado aún hasta su oído las abogadas quejas del infeliz, hablaba a su madre, y dijérase que al hablarle lo hacía con voz profética.

— Antes de conocer los lazos de parentesco que me unen á vos, — decía — é inspirada por la voluntad del maestro, ya me fué dado, madre, seguir á distancia vuestras acciones, y es así como pude asistir, invisible, á la realización antinatural de casi todas las audaces empresas que concebisteis. Triunfasteis, á veces; y Dios sabe que vuestros triunfos me hicieron daño, y me inspiraron miedo. Sí, madre : me asustaba el objeto que perseguíais, el fin que os habíais propuesto. Tanto, que más de una vez hube de preguntar al maestro : « Sidi-Salem, ¿vivirá esa reina destronada lo bastante

para presenciar el triunfo de sus empresas, para gustar el éxito de sus planes? Y él me contestaba : — No : á los elegidos les es indispensable la pureza en la intención y la lealtad en los medios de que se sirven. En vano se obstinará, Sísifo, nuevo en combinar hábilmente sus esfuerzos : no conseguirá nunca llegar á donde se propone. A menos que...

Landro no escuchaba. Luego de beberse casi todo el contenido de un frasco de alcohol, acababa de abrir un armario de hierro empotrado en el muro, y ocupábase en reunir frenético las incalculables riquezas que en su interior se contenían.

En cambio la gipsia debía escuchar atenta las palabras de su hija, por cuanto se la oyó preguntar con ansiedad :

— A menos que...

— A menos que conmovida por los ruegos de un inocente, fruto de su sangre, se decida la rebelde á arrepentirse y repruebe, aun cuando solo sea mentalmente, sus actos pasados.

— ¿De modo que á ese precio, — exclamó Phtah — recobramos el trono de Thebas y la gracia del rey de Francia?

Iba Fiamma á responder cuando un gemido de Neré la obligó á volver la cabeza. Vió entonces al desgraciado, y dijo á su madre estremeciéndose horrorizada :

— He ahí al inocente, madre mía. Ya no le es posible rogaros, por lo cual ya no podéis oírle. Quiero decir con esto que es tarde para salvar lo que hubiera podido salvarse : que ya no os es permitido reconquistar nada

de lo que se perdió para siempre... Sin embargo, si la justicia de los hombres va á mostrarse en vuestra presencia, si la mano de Dios pesa sobre vuestra alma, aún os es posible substraeros á la muerte infamante en la hoguera que os reservan los primeros y obtener además la divina misericordia; bastaría para ello con que derramaseis una sola lágrima de arrepentimiento.

Phtah aparecía horrible en aquellos instantes. Descompuesto el semblante, levantado con violencia el pecho en espasmos irregulares, el cabello en desorden, y la mirada fosforescente, dijérase que se hallaba en el paroxismo de un furor tanto más temible cuanto que parecía contenido.

— ¡Tú no eres hija mía, tú no eres mi Fátima! — gritó agitando los brazos. — Tú eres una renegada... Vete, vete á predicar donde no te oiga. Yo no temo nada ni á nadie. Tendré tiempo para salir de aquí, y saldré sin que nadie pueda impedirlo, para castigar enseguida á los traidores... para desafiar al cielo, para escalarlo si es preciso... ¡Landro, Landro!... ¿No has oído eso? Esta menguada proponíase hacerme verter unas cuantas lágrimas... ¿Qué te parece?

Landro, que acababa de abrir la puerta para ordenar á un bohemio que llevase hasta allí al Rucio, el mulo de Matraca, contestó con sorna:

— Lágrimas de Satán; con ellas podría ponerse en ebullición la caldera luminosa, madre.

En este punto hubo de producirse una escena indescriptible.

Acababa apenas de retirarse Fiamma, convencida de

la inutilidad de sus esfuerzos, dirigiéndose al emplazamiento que ocupaba Neré, y había ya corrido la cortina que lo separaba del resto de la sala con objeto de aislarse un poco y ayudar á su hermano á bien morir, cuando penetraron violentamente hasta una veintena de personas, hombres y mujeres, titubeando y empujándose, en seguimiento de un infeliz cuadrúpedo, al que asustaba lo violento de la luz cruda que iluminaba la sala exagonal.

Todos estaban ya casi borrachos. Obedientes á las instrucciones recibidas, habíanse *templado* para tener ánimos, pues el rumor de un próximo ataque de la guarida había circulado con insistencia entre los bohemios, que creyeron ver una confirmación de la especie en los preparativos de marcha que se les había ordenado realizar.

Las almas mejor templadas experimentan impresión por demás penosa ante el temor de un peligro desconocido; natural es que así sucediese con aquellas gentes, acostumbradas á creerse inaccesibles, fuera del alcance de la justicia y de las leyes, por obra y gracia de Sed de Sangre cuyo solo nombre parecía hacerles invulnerables.

Tenían miedo, sí; un miedo supersticioso, y tanto más insoportable cuanto que lo era de un peligro desconocido. El mucho tiempo que se prolongara para ellos la impunidad hacíales temer que el castigo, si llegaba, sería horrendo; de ahí el terror de que todos ellos se hallaban poseídos desde que barruntaron un probable ataque del castillo por las fuerzas reales.

Vieron al entrar abierto el armario de hierro, y detuvieronse asombrados, entenebrecidos sus cerebros por los vapores del alcohol, en presencia de las gemas deslumbradoras, de los montones de oro, de las alhajas, de los vasos sagrados en oro que se contenían en aquel escondrijo.

Contemplábalos Landro gozándose en su sorpresa, que tenía algo de infantil, y comprendiendo al fin lo que pasaba sin duda en aquellos cerebros, sonrió con lástima.

— Amigos, — gritó arrojando á sus pies una porción de sacos vacíos — se trata de embalar todo eso y de cargarlo á lomos de este animal. Nos vamos, y Phtah no quiere que quede aquí nada... Conque andando; manos á la obra.

Estas palabras fueron acogidas con un gruñido siniestro.

Excitados por el alcohol y por la codicia, los bohemios, acariciando los mangos de sus puñales, disponíanse, no precisamente á llenar los sacos, pero sí á disputarse aquel botín.

— ¡Cuerpo de Baco! — gritó Landro desenvainando la espada. — ¿Es que hay gana de broma? Porque si es así retirémos todos.

Phtah que hasta entonces guardara silencio, exclamó acercándose á su hijo :

— Déjate de tonterías ni de baladronadas. Lo importante para nosotros es que el tesoro salga de aquí. ¿Que no sale en los sacos, porque esos imbéciles se lo reparten? No importa : son ellos los que nos servirán

de sacos; y ya sabes tú lo que se hace con los talegos que se quiere vaciar á toda prisa...

— Sí, se les destripa; — terminó Landro también en voz baja.

Un momento después, los bandidos, en el colmo de la alegría por haber recibido orden de proceder á su antojo, se empujaban, se abrazaban, se pegaban insultándose, deslizaban en el interior de sus gregüescos puñados de piedras preciosas, y entre el jubón y las camisas, collares, anillos y diademas. Luego aplastaban los vasos de oro, los cálices, las patenas, las vasijas, para hacerlos más disimulables, para mejor acomodarlas envolviéndolas entre los pliegues de sus capas harapientas.

Era aquello una formidable orgía. Era la orgía del oro, mucho más embriagadora que la otra, la precedente, la del alcohol.

El rucio asistía estupefacto al indecente tumulto, y ante la explosión de demencia de los buitres de Chaumont echaba de menos al buen Matraca, cuya tranquila cupidez había condenado en más de una ocasión.